

## BIBLIOGRAFIA

do, Hume estima que hay una verdadera religión, aunque en sus obras no precisa cuál puede ser. A explicarlo se encamina la exposición de Topitsch. Especialmente resalta las dificultades que el pensamiento de Hume ofrece sobre este tema, porque sus *Diálogos sobre la religión natural* se desarrollan entre tres interlocutores, cuyas posturas correspondientes no parece que puedan ser identificadas con las del propio Hume. Quizás el verdadero sentir de Hume sobre este punto sea el reconocimiento de una proposición: la causa suprema del orden universal tiene una remota analogía con al inteligencia humana; pero esta proposición, para Hume, sólo tiene carácter probable, y no puede sacarse de ella una conclusión legítima referente a la conducta humana. No niega, pues, Hume categóricamente que haya algo por encima de las cosas que se presentan en la experiencia. Pero no hay mayor compromiso en él. El análisis que de la causalidad había hecho, le impedía admitir una prueba válida del teísmo. De cualquier forma, Topitsch reconoce que la crítica lanzada por Hume «afecta, por encima de las religiones por él consideradas y de la teología racional o cristiana, a estructuras básicas, arcaicas y universalísimas de la interpretación que el hombre hace de sí mismo y del mundo» (p. 162).

JUAN CRUZ CRUZ

VICENTE ARREGUI, J., *Acción y Sentido en Wittgenstein*, Ediciones Universidad de Navarra, S. A., Pamplona 1984, 258 págs.

J. Vicente Arregui ha buscado

una clave conductora plenamente antropológica: la acción del hombre es la de una esencia no clausurada, no cosificada, una esencia que busca la plenitud a la que puede llegar; y a esa plenitud llega a través de sus acciones. En este punto tiene Wittgenstein un gran interés: desde el punto de vista histórico, por la superación del neopositivismo —tan pobre frente a la acción—; y sistemáticamente, porque la acción —en el pensamiento de Wittgenstein— es creadora de sentido. Acción y sentido son la clave que el autor propone en el estudio del pensamiento de Wittgenstein; claves que —se esfuerza en señalar— abarcan todas las obras de Wittgenstein: sobre todo el *Tractatus* y las *Investigaciones Filosóficas*, pero también —de ahí la unidad— la transición en el interregno.

La Primera Parte del libro tiene cuatro capítulos: «la interpretación lógica del sentido», «la filosofía como actividad de clarificación lógica del pensamiento», «la actividad cogitativa», «voluntad y acción moral. Lo místico». Una Primera Parte titulada «Acción y sentido en el Tractatus», y que desde la interpretación lógica del sentido —teoría pictórica del significado— nos lleva al sinsentido de la filosofía, al sinsentido del *Tractatus*, a la imposibilidad del metalenguaje, al solipsismo, a una acción entendida como punto inextensional que imposibilita la razón práctica. Mantiene Wittgenstein en esta obra que ni el pensamiento ni la voluntad son meros procesos mentales. Ningún proceso psicológico es capaz de la inefable actividad de conferir significado. La voluntad trascendental— conferidora en último término de significa-

## BIBLIOGRAFIA

do— se relaciona con el mundo como totalidad: «la acción no es un hecho, y tampoco se relaciona con los hechos. La acción moral se relaciona con el mundo como totalidad, con los límites del mundo, con el sujeto, en definitiva, pero no con los hechos. La acción moral transforma los límites del mundo, el sujeto, pero no a los hechos. Por eso, la acción voluntaria ha de ser considerada en el ámbito de lo místico» (p. 87).

«La fundamentalidad de la acción» es el título de la Segunda Parte. También tiene cuatro capítulos: «sentido, juegos de lenguaje y formas de vida»; «la filosofía como actividad en el último Wittgenstein»; «la fundamentalidad de la acción»; «la crítica wittgensteniana al paralelismo psicofísico». La filosofía ha dejado de ser una clarificación lógica del pensamiento. Dada la nueva concepción semántica, la filosofía deviene una actividad terapéutica y descriptiva. A través de la noción de juego de lenguaje y forma de vida, la acción —la praxis humana— funda a la verdad y la certeza. Verdad y certeza no son ya los pilares firmes del lenguaje, sino que aparecen como algo inmanente a los juegos de lenguaje. Es la praxis la que funda —en última instancia— el sentido. En el último de los capítulos se aborda la consideración de las aportaciones wittgenstenianas más relevantes para la antropología filosófica —entendida aquí como filosofía de lo mental.

Bajo bastantes aspectos podría mostrarse la continuidad entre las primeras tesis de Wittgenstein y las últimas, pero el que más nos interesa —y al que Vicente Arregui hace referencia principalmente— es

el antropológico. Esa continuidad a lo largo de las obras de Wittgenstein ha quedado reflejada en el orden de aparición de los principales conceptos: el *Tractatus* comienza centrando su atención en un estudio del sentido, y al final se ve abocado a una consideración de la acción moral en el ámbito de lo místico; las obras posteriores, reflejan cómo la acción, que en el *Tractatus* quedaba más allá de toda verdad y de todo sentido, va a fundar ahora toda verdad y todo sentido. Se produce también un claro desplazamiento de la acción individual ética extramundana hacia la activa participación en el mundo social; el lenguaje es eminentemente público y social. Mostrar esto hace que la obra de Vicente Arregui no sea simplemente el intento de ver cuáles son las tesis antropológicas de Wittgenstein, sino también «hasta qué punto todo su pensamiento responde a una cuestión antropológica. Porque si la cuestión antropológica es ya básica en el *Tractatus* —desde el momento en que el fin de esta obra es desvincular a la ética de cualquier fundamento intelectual—, la antropologización que supone la pragmatización de los criterios de sentido en su pensamiento ulterior, es manifiesta» (p. 21).

Tenemos que hacer también alguna referencia a las interpretaciones que se han dado del pensamiento de Wittgenstein; el autor del libro ha procurado huir de la inconcinencia interpretativa —muy abundante en la bibliografía wittgensteniana—, pero también procura, «al hilo de la exposición de la articulación entre esas dos nociones —acción y sentido—, comprender el

## BIBLIOGRAFIA

despliegue de su filosofía desde dentro. Se ve así cómo ese despliegue resulta mucho más unitario de lo que habitualmente se dice. Además, la consideración de ese par de nociones permite dar razón de la disparidad de interpretaciones del pensamiento de Wittgenstein» (p. 17). Así trata de mostrarlo, señalando las principales coincidencias entre las interpretaciones de sesgo kantiano —Stenius, Apel, Pears, Stegmüller, Engelmann—, existencialistas y logicistas —éstas, más o menos próximas al Círculo de Viena o a Frege: Anscombe, Black, Kenny—. Los puntos de coincidencia entre las diversas explicaciones suelen depender sobre todo de la continuidad que se pretenda establecer entre el saber y la vida.

La abundancia de monografías y artículos que Vicente Arregui ha utilizado en la redacción del libro, así como la originalidad del planteamiento interpretativo, dan idea del profundo conocimiento que el autor posee de las fuentes, y demuestra que nos encontramos ante un hito importante en la bibliografía castellana sobre Wittgenstein.

JOSÉ M.<sup>a</sup> ORTIZ

VON HILDEBRAND, D., *Sobre la muerte*, Ed. Encuentro, Madrid 1983, 156 págs.

Esta obra póstuma de Von Hildebrand sobre la muerte se encuadra en la perspectiva existencial. Se trata de unas reflexiones existenciales sobre la muerte y «sobre la actitud verdaderamente válida ante ese acontecimiento misterioso y decisivo que sucederá a todo hombre» (p. 9). El autor aborda el tema desde una doble perspectiva: primero

se considera la muerte desde el plano natural, para pasar después a estudiarla desde el plano sobrenatural cristiano.

Dentro del plano natural, analiza la experiencia de la muerte de un ser querido, y de la muerte propia. Señala también cómo la convicción radical de la inmortalidad no suprime ese carácter horrible de la muerte. Tras afirmar que la muerte puede ser considerada como el acto más íntimo, total, personal y decisivo de una persona, Von Hildebrand plantea la muerte solidaria de dos amantes tal como aparece en el *Tristán e Isolda*, de Wagner, subrayando la incompatibilidad en esa obra entre la *intentio unionis* del amor sponsal y la distensión temporal.

A la luz de la fe cristiana, la muerte se presenta como puerta de entrada a la vida definitiva. La creencia en la vida eterna no resta valor a la terrena, sino que le confiere significado y relevancia. En ese plano sobrenatural, la muerte aparece bajo un doble aspecto. En ese plano sobrenatural, la muerte es pavorosa, pero como encuentro con Cristo misericordioso, nos llena de esperanza. Y «la esperanza ha de tener incluso cierta preeminencia sobre el temor» (p. 84). Por último analiza el sentido punitivo de la muerte.

La obra no tiene pretensiones sistemáticas ni exhaustivas. Más que de un tratado sobre la muerte, se trata de un conjunto de reflexiones existenciales y de lúcidos análisis. Pero el lector encontrará sin duda algunos puntos de vista muy luminosos respecto de esta decisiva cuestión.

JORGE VICENTE ARREGUI